

# Don Ramón, el rebelde

por Arnaldo  
Orfila Reynal



Fue para las fiestas del centenario de 1921. Obregón en la Presidencia y Vasconcelos en la Secretaría de Educación pensaron que una de las mejores maneras de enaltecer la celebración centenaria y exhibir la obra constructiva de la Revolución Mexicana, era invitar artistas y escritores, maestros y jóvenes universitarios. Y la convocatoria para esos días del primer Congreso Internacional de Estudiantes, que logró reunir a delegaciones de 45 países, me dio ocasión de llegar a México integrando la representación de la Federación Universitaria Argentina. Fue sorprendente: estábamos en las galerías de un viejo teatro de Buenos Aires cuando desesperadamente llegó a buscarme un compañero que representaba en el Consejo de la Federación a la Universidad de la Plata y me dice: "El Consejo te ha elegido para ir al Congreso de México por nuestra Federación. Debes resolverlo ahora mismo y partir pasado mañana en un barco petrolero noruego"... Hace 40 años, los viajes, las becas, los subsidios, los coloquios, no eran comunes y la invitación era como para provocar el desvanecimiento de cualquier estudiante pobre que no había hecho más viajes que los de su ciudad provinciana —La Plata— a la capital de la República, a 60 kilómetros de distancia... Pedí 15 minutos para reflexionar y acepté. Treinta y un días de viaje con olor a petróleo fue una manera de hacernos aumentar el ansia por llegar a ese México del que sabíamos apenas las noticias que nos pasaban las ya bien organizadas agencias informativas norteamericanas: crímenes, asaltos, desolación, Pancho Villa bandido, robo de tierras a los verdaderos propietarios para entregarlas a los campesinos, en fin, lo que se siguió haciendo con las noticias del mundo —hasta hoy, hasta siempre— sobre Rusia, sobre China, sobre Cuba, sobre Argelia, sobre Vietnam... Pero sabíamos que nos acercábamos a un país en el que se estaba haciendo realidad el ansia de todos los jóvenes; que tocaríamos con las manos, veríamos con nuestros ojos la transformación de un pueblo, la justicia realizada, el socialismo en ejecución, el pensamiento triunfante sobre la fuerza...

Y llegamos; Tampico, México el 20 de septiembre. Estudiantes con guitarras y canciones en la vieja estación ferrocarrilera. Y al día siguiente, inauguración del Congreso, discursos, contactos con hombres y mujeres jóvenes de América, Europa, Asia, que venían a constituir la Primera Internacional de Estudiantes que tomaría a su cargo la gran tarea de luchar por la transformación de las universidades en sus respectivos países, como un primer paso para contribuir a la transformación social de sus pueblos.

Veníamos los argentinos imbuidos de cierto orgullo por haber sido los que lanzamos, en 1918, las primeras piedras contra la Universidad envejecida; que habíamos proclamado en el manifiesto inicial "el derecho irrenunciable a la insubordinación en

busca de la justicia"... Fue una "Reforma Universitaria Revolucionaria" o una "Revolución Universitaria Reformista". (Se me ha dicho que de poco valió aquello si por estos días ha desembocado en una invasión policiaca que intenta deshacer la Universidad argentina. Es fácil rebatir el argumento y es bueno saber que la Reforma allá, casi a medio siglo de iniciada, es todavía bandera de lucha y puede ser una fuente activa contra las fuerzas regresivas, como lo ha sido en tantas partes, en tantas épocas.)

Fue precisamente en el Congreso de México en donde se reforzó el contenido político de esa reforma, lo que seguramente sirvió de estímulo para extender la lucha estudiantil por todo el ámbito de nuestra América. De ahí nacieron luchadores políticos revolucionarios. A muchos los alejó la muerte; a otros les fue peor y los alejó la vida: su juventud inconformista y renovadora quedó deshecha por el mecanismo de la entrega, el enriquecimiento, la cobardía, y hay nombres que aparecen hoy desempeñando papeles importantes en la vida pública internacional con abyectas posiciones en defensa de la ignominia.

Me he ido —queriéndolo— a hablar de lo que no parece tener nada que ver con don Ramón del Valle-Inclán en el México del 21. Pero es que de eso se trata: desde los primeros momentos don Ramón era la figura que representaba el inconformismo y el descontento, la protesta por la justicia que reclamaba con su incansable palabra de poeta rebelde.

Ya se sabe que fueron aquéllas de las más brillantes etapas de la revolución mexicana, joven, agresiva y creadora. Fue el momento en que un ministro de Educación como Vasconcelos, al par que cumplía una labor sorprendente en el campo de la en



Obregón



Vasconcelos



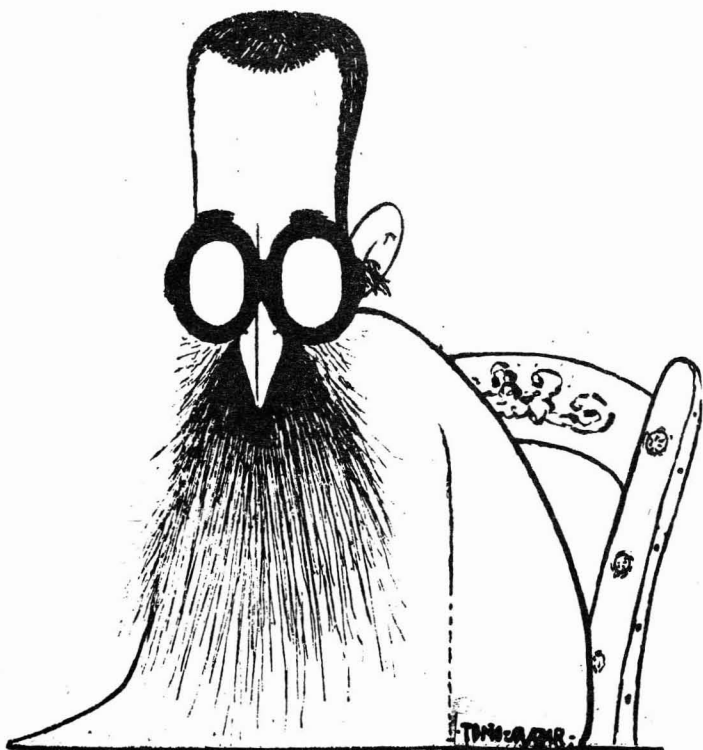
Orozco



señanza popular, podía salir a la calle encabezando una manifestación de millares de estudiantes para expresar la protesta colectiva contra una de las dictaduras militares de América —la de Juan Vicente Gómez en Venezuela—, dictaduras con vigencia perpetua en nuestros pobres países dependientes. Eran los días en que Diego Rivera, recién llegado de París, y José Clemente Orozco, preparaban sus andamios para dejar sus frescos revolucionarios en los muros públicos de México; era el instante en que la repartición de tierras a los campesinos se aceleraba; en que el indio tomaba carta de ciudadanía y el pueblo en su arte, en su vida, en sus derechos, comenzaba a ser reconocido.

Y los jóvenes estudiantes que llegábamos a ese México llenos de fervor por una lucha que se identificaba con nuestros ideales, hallábamos en las calles y en las aulas universitarias, en los propios despachos ministeriales y en la función pública de todas partes, ese afán de transformación de un país que se había adelantado en varios años a la Revolución de Octubre.

Don Ramón era un personaje perfecto ubicado en esa reali-



dad. Cuando tuvimos nuestro primer encuentro con él —en el café del Hotel Regis— con Diego Rivera, con Pedro Henríquez Ureña y con todo el grupo mexicano que nos acompañaba en todos los momentos, fue un deslumbramiento. Tenía una figura extraña; de mediana estatura, enjuto y fuerte, manco ya célebre por los múltiples y contradictorios relatos con que explicaba su amputación; su cara definida por sus también ya cantadas “barbas de chivo”, la atracción que ejercía era inmediata; su conversación juvenil y agresiva dominando la paradoja, abusando de sus mentiras, de sus invenciones, de sus fantasías, que tanto han hecho hablar y escribir a los que han examinado con sabiduría su vida y su obra, nos atraía y estimulaba.

Él nos mostraba la imagen de lo que queríamos ver y oír: el hombre que no callaba su protesta por lo inerte, lo establecido, lo injusto. Era el auténtico rebelde que estimulaba a los jóvenes, con su juventud de más de medio siglo.

Los argentinos tuvimos buena suerte: Obregón y Vasconcelos nos permitieron acercarnos, se interesaron por la situación de nuestro país que en aquellos años acompañaba a México en su intención de no “alinearse” con los poderosos, gracias a la política de su presidente Irigoyen. Y nuestra suerte fue que el gobierno mexicano nos invitara a los cinco argentinos a quedar en el país por tres meses y recorrerlo y vivirlo. Uno de los recuerdos más hondos que he guardado de esa experiencia es el de aquel viaje que, con don Ramón, Pedro Henríquez Ureña, Diego Rivera, Julio Torri, Roberto Montenegro, Daniel Cosío Villegas y Carlos Pellicer, hicimos por medio país en un coche especial de ferrocarril, en el que llevábamos el enorme privilegio de poder hacerlo desprender del convoy cuando una ciudad, un pueblo, una playa, un puerto, nos llamaba la atención y resolvíamos detenernos.

Ahí conocimos a fondo a don Ramón. Desde las ocho de la mañana hasta horas de la madrugada él era el que hablaba, preguntaba, desafiaba, afirmaba y negaba al mismo tiempo, pero siempre vivo, encendido, inconforme; renovador en la literatura, iconoclasta frente a los consagrados. La llegada de nuestro convoy a pueblos y ciudades era un acontecimiento y el personaje principal, como es explicable, era don Ramón. (Recuerdo aquella mañana en Guadalajara, mientras desayunábamos en nuestro vagón y subieron dos hermosas muchachas a reclamar un autógrafo al autor de las *Sonatas*: “Y encontrarte en mi camino, cuando los años blanquean, mis barbas de peregrino...”, fue la lamentación que escribió don Ramón en el libro que le acercaba Lupe Marín.)

En diciembre salimos para Veracruz en viaje a Nueva York, cumpliendo la misión que el Congreso nos había confiado a tres de los estudiantes argentinos para constituir secretarías de la Primera



Pellicer

México, noviembre de 1921. Entre otros:  
 Valle-Inclán / Henríquez Ureña  
 Crespo de la Serna / Jorge Enciso  
 Orfila Reynal / Enrique Díez-Canedo



Internacional de Estudiantes en aquella ciudad y luego en París, Roma, Madrid, Lisboa, Río de Janeiro, Buenos Aires. Volvimos a ver a don Ramón en Nueva York y desde ahí nos lanzó a Europa armados con cartas inolvidables en las que nos presentaba a escritores y artistas amigos y en especial a la "Peña" del Regina, el café madrileño —hoy desaparecido, como es natural, por la presencia de un poderoso Banco en el mismo solar— y en esa peña, ya clásica en la vida literaria española de esos años, fuimos acogidos con el fervor que permitía esperar con aquella valiosa presentación. Manuel Azaña, Enrique Díez-Canedo, Luis Bilbao, Rivas Cheriff, Vigui, Luis Araquistáin, Juan de la Encina y muchos más que hacían la revista *España* y *La Pluma* y escribían en *El Sol* de Madrid.

Todos ellos integraban una de esas instituciones tan extraordinarias de España —como la de Gómez de la Serna en *Pombo*, la de Ortega en *La Granja* y otras muchas— peñas en las que se hacía política y se creaba literatura. Allí terminamos de co-

nocer a don Ramón a través de las anécdotas inacabables que relataban sus amigos. Ahí supimos mejor, cómo aquel inconformismo, aquella actitud de rebelde constante frente a la sociedad, a los valores falsos de la literatura y del arte, frente a todo lo que él creía justo denunciar y escarnecer, llenaba su vida entera. Eran voces que no quedaban sólo en la rueda del café: aquella *Farsa y licencia de la Reina castiza* fue como un "asalto armado" al Palacio Real y a la institución de la monarquía, y sus *Esperpentos* eran testimonios constantes de aquella juventud rebelde que había pasado —ya lo dije— su largo medio siglo.

Don Ramón quería a México entrañablemente. De aquí salió su *Tirano Banderas*. Aquí dejó huellas de su presencia, repetida en su juventud y en su madurez, por muchos años. La de 1921 fue una de las mejores fiestas con que el Presidente Obregón supo celebrar un centenario de vida independiente del México que comenzaba a transformarse.